

# EL FANTASMA JAPONÉS



**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo

**Cuenta  
conmigo**

**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo

# EL FANTASMA JAPONÉS



Cuenta  
conmigo

Leticia Ramírez Amaya  
Secretaría de Educación Pública

Gabriel Cámara y Cervera  
Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

María del Pilar Farrés González Saravia  
Directora de Educación Comunitaria para el Bienestar

Héctor Virgilio Robles Vásquez  
Director de Planeación y Evaluación

Juan Martín Martínez Becerra  
Director de Operación Territorial

Luis Carvajal Pérez  
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Pedro Antonio López Salas  
Director de Cultura, Publicaciones y Difusión

Yazmín Lizbeth Vargas González  
Directora de Asuntos Jurídicos

Albina Francisca Morales Rojas  
Titular del Órgano Interno de Control

# EL FANTASMA JAPONÉS

Elizabeth Cruz Madrid



*El fantasma japonés*

Edición

Consejo Nacional de Fomento Educativo

Texto

Elizabeth Cruz Madrid

Ilustración

Alma Rosa Pacheco

Diseño

Rosa María Díaz Álvarez

Diagramación

Joyce Darisabel Contreras Ríos

Coordinación general

Juan Jesús Valdez Pérez

Cuidado editorial

Oliver de la Vega Lozano

Primera edición: 2012

Segunda edición: 2021

Primera reimpresión: 2022

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo

Av. Universidad 1200,

col. Xoco, alc. Benito Juárez

C.P. 03330, Ciudad de México

[www.gob.mx/conafe](http://www.gob.mx/conafe)

ISBN: 978-607-419-418-0

Impreso en México

## Presentación

La historia de las publicaciones literarias del Conafe es amplia y reconocida; grandes plumas han plasmado su firma en ella y, para deleite de la mirada, la obra artística de pintores e ilustradores de renombre ha acompañado nuestros libros.

Para acrecentar el acervo literario y continuar con la tarea fundamental de fomentar la lectura y el conocimiento, en octubre de 2010, se lanzó la convocatoria del Primer Concurso Nacional de Cuento Infantil y Juvenil “Cuenta Conmigo”, cuyo nombre hace referencia a que podemos leer acompañados y estar ahí para ayudarnos, escucharnos y apoyarnos.

En 2011, durante el festejo de los 40 años del Conafe, se dieron a conocer los diez cuentos ganadores que inaugurarían la serie “Cuenta Conmigo”, y este libro que tienes entre tus manos fue uno de los ganadores. Esperamos que disfrutes cada una de sus páginas y que cuentes con nosotros: aprender, conocer, mirar, oler, imaginar, recordar, sentir... Eso y más provocan los libros de literatura infantil y juvenil del Conafe.

Consejo Nacional de Fomento Educativo



## Día 1

Ya no eres la mejor mamá del mundo —pienso entre lágrimas. Abro el cajón donde guardas las fotos, la caja dorada con las cartas de amor de papá y busco la tarjeta que te di el 10 de mayo—. Ya no eres la mejor mamá del mundo. Esta tarjeta ya no sirve. Eso creo. Pienso que nunca te voy a perdonar. Así que guardo mi carta porque ya no te pertenece. No pienso devolvértela nunca.

Voy a mi cuarto. Escondo la tarjeta. Estoy tan enojado que puedo destruir el mundo.

—¿Qué está pasando, Julián? —grita mi mamá desde la cocina. También está enojada y qué bueno—. ¿Qué está pasando? ¿No escuchas que te hablo? —Se acerca—. ¿Por qué estás pateando todo?

—¡Porque ya no importa!

—¿Cómo que no importa?

—¡No importa! ¿No nos vamos a ir de esta casa?

—Sí, pero con las cosas, así que deja de patearlas y ponte a recoger. —Ya no grita y se va a la cocina porque no le importa lo que pienso, porque no le gusta escucharme.

## Día 2

—¿Por qué tenemos que mudarnos? —le pregunto a mi mamá.

—¿Otra vez, Julián? ¿Por qué lo haces tan difícil? Ahhhhh. Ya nada queda en esta casa.

—¡Claro que sí! Están mi cuarto, el baño verde, la pared de la tele y el cuarto de papá.

—La otra casa está mejor, ya lo verás. ¡Todo será nuevo y mejor!





—No será mejor. ¿Y mis amigos? ¿Cuándo los voy a ver?

—¡Harás otros amigos! —dice enojada. Da un golpe en la mesa. Tiemblo—. Ve a guardar tus cosas, por favor.

En las cajas de cartón guardo mi ropa, mis juguetes, mis libros. Lo que no pude guardar fue mi furia. Ojalá fuera un dragón para quemarlo todo. Ojalá no fuera un niño y pudiera quedarme aquí y hacer lo que yo quiero. Mejor aún, si tuviera que irme a algún lado, me iría muy lejos adonde mis papás nunca pudieran encontrarme.

### Día 3

—¡Todo será nuevo y mejor! —dice mi mamá emocionada—. Julián, te va a encantar el jardín que hay enfrente de nuestra nueva casa. Verás que tendrás nuevos amigos e irás a jugar con ellos.

—Pero no podré jugar con Lucas. ¡Lucas no conocerá ese jardín!

—Julián, ya te dije que en estos departamentos no permiten perros. Además, tu papá quería conservarlo. Sabes que él lo quiere mucho.

—¿Y por qué conmigo no quiso quedarse?

Mamá se calla un momento. De seguro no sabe qué mentira inventar.

—¿Querías quedarte con él? —dice después de unos segundos—. ¿A poco me ibas a dejar solita? ¿Qué haría yo sin ti? —Mamá me da un beso y sonrío—. Además tu papá no te haría los huevos con jamón que tanto te gustan —agrega.

—Sí, mamá —le digo para que no piense que no la quiero. A pesar de que me hace enojar y de que tal vez no sea la mejor mamá del mundo, la verdad es que la quiero.

Nos quedamos callados. Después de un rato llegamos a la nueva casa. Lo primero que veo es un jardín de árboles rojos.

—¿Lo ves?, te dije que te iba a gustar el jardín. Todo será nuevo y mejor  
—repite mamá.

Me bajo del camión de la mudanza y atravieso la calle para ir al jardín. Quiero ver las hojas de los árboles rojos y...



—¡Julián! —grita mamá—. ¿A dónde vas? Tienes que ayudarme a des-empacar.

Ni modo. El jardín tendrá que esperar. Regreso para arrastrar mi caja de juguetes, mis libros y mi ropa al nuevo departamento. Cada vez que regreso al camión por más cosas, veo de reojo el jardín. “¡Qué extraño es!”, pienso. Me gusta, pero es un poco raro, diferente.

Entro a la nueva casa y mi mamá, como siempre, ya está hablando por teléfono.

—Además hay un parque que le servirá de distracción... —Le escucho decir; pero cuando me ve, se queda callada. No entiendo por qué a veces es tan extraña. Es como si tuviera un secreto.

## Día 4

Me despiertan unos ruidos, golpes de cosas, rechinidos. Me asomo y es mamá que limpia, acomoda, guarda y mueve cosas.

Pienso en mi perro Lucas. Si él estuviera aquí, mordería y jalaría todo lo que acomodara mamá. Sería divertido. Bueno, no para ella que terminaría enojándose con Lucas y mi papá saldría a defenderlo.

Pobre Lucas, yo creo que cada vez que mi papá y mi mamá peleaban se sentía culpable.

—Mamá, ¿ya no querías vivir con Lucas? —le pregunto.

—¿Cómo?

—Que si ya no querías vivir con Lucas.

—¿Por qué dices eso? Lucas me gustaba mucho. Ya te expliqué que tu papá se quiso quedar con él.

—Él se quedó con papá y tú conmigo.

—Sí, yo me llevé el mejor premio —dice mamá y me da un beso—. ¿Quieres que te haga unos huevos con jamón para desayunar?

—Bueno.

Mamá me prepara el desayuno. Lo como deprisa porque me urge ir al jardín. Tengo miedo de que mamá me diga que antes debo recoger mis cosas o limpiar mi cuarto. Pero no. Cuando le pido permiso, no tiene ninguna objeción.

Bajo deprisa las escaleras. No vaya a ser que se arrepienta. Cruzo la calle y ahí está: un camino de árboles rojos. Me siento como un explorador a punto de meterse a un bosque. Quiero escarbar la tierra para hallar insectos. Tal vez hasta me encuentre un tesoro. Y en eso... Unas enormes alas pasan a mi lado y las ramas de un árbol crujen.

—*Uiiiiic* —se escucha. Miro hacia arriba y descubro un pajarraco negro.

El pájaro me observa y vuelve a graznar. Luego revolotea sobre mi cabeza. Me levanto (pensé que el pájaro me caería encima). Lo bueno es que fue solo un susto porque se va.

“¡Qué pájaro tan feo!”, pienso. Trato de no prestarle más atención y sigo jugando. Corro por los caminos y hasta descubro un pequeño lago.

Me inclino para ver mi reflejo sobre el agua y... “¡El pajarraco está sobre mi cabeza!”. Volteo rápidamente hacia arriba. El ave está en una rama y se echa a volar.





Regreso a casa para contarle a mamá lo sucedido.

—¡Un pájaro negro! Será un cuervo o un zanate. Probablemente un zanate —dice mamá, luego de saber mi historia—, porque por aquí no hay cuervos. Pero no les tengas miedo; son inofensivos. Ellos te tienen más miedo a ti que tú a ellos.

Busco la foto de un cuervo en el diccionario enciclopédico para saber cómo son los cuervos y si de verdad no debo tenerles miedo. Cuando la encuentro, me doy cuenta de que el pájaro del jardín es un cuervo. Aunque no sé por qué mamá dice que aquí no hay cuervos, si yo acabo de ver uno.





La definición decía que los cuervos comen gusanos, desperdicios o carroña. “¡Qué asco!”, pienso. También menciona que para muchas culturas son “aves de mal agüero”, pero que en otras son un símbolo de sabiduría. “En Japón es un ave que significa la victoria”.

Le pregunto a mi mamá qué es “agüero” y me explica que es algo así como “algo que va a pasar. Mal agüero es que algo malo va a pasar”. Pienso en el cuervo y me da miedo, a pesar de que mi mamá dijo que eran inofensivos. Bueno, pero también pueden significar victoria.

Ahora que sé más del cuervo, tengo que ir de nuevo al jardín para verlo, pero ya será mañana.



## Día 5

Mamá está muy callada. De nuevo parece otra. Se ve extraña. Mientras desayunamos no dice nada. Hoy no hubo huevos con jamón, pero prefiero no preguntar por qué no los hizo. No quiero que se enfade.

Quiero ir al jardín. No sé cómo decirle que me deje salir. Tengo miedo de que se enoje. Empiezo a pegar con mi pie en la mesa y ella dice:

—¿Qué tienes? ¿Quieres ir al baño?

—No, en realidad quiero ir al jardín, a ver al cuervo.

—¿Cuál cuervo?

—El pájaro negro que está en el jardín, ¿no te acuerdas que te dije que había un cuervo?

—Ah... sí, pero de seguro no es un cuervo, sino un zanate.

—Es un cuervo. Lo vi en la enciclopedia... ¿Me dejas ir a verlo?

—¿Un cuervo? ¡Qué raro! Seguro alguien lo compró y luego se le escapó. La gente es muy irresponsable.

—Mamá, ¿puedo ir al jardín a ver al cuervo? —le repito.

—Está bien, pero un ratito. Regresa pronto porque tu papá va a venir a verte.

—¿Mi papá?

—Sí, tal vez salgas a dar un paseo con él.

—¿Adónde?

—No sé. Ya lo sabrás cuando llegue.

—No quiero ir con papá. Prefiero quedarme en el jardín para ver al cuervo.

—Julián, al cuervo lo puedes ver todos los días. A tu papá no.

“Eso no es mi culpa”, pienso, pero ya no digo nada para que mi mamá no me regañe y se arrepienta de dejarme ir a jugar. Así que salgo antes de que otra cosa pase.



Camino por todo el jardín, pero no veo al cuervo. Tal vez solo estuvo ayer y nunca más volverá. Creo que al final está bien ver a papá. Él sí regresará.

Me siento junto a un árbol para ver de cerca un hormiguero. De pronto, no se escucha nada. Me doy cuenta de que ya no pasa el viento entre los árboles. Los pájaros se callan. Hay un silencio tan profundo que hasta me silban los oídos.

—Uiiiiic —se escucha de repente.

—¡Es el cuervo! —pienso, y corro detrás del sonido.

Paso tocando los árboles como si jugáramos a los quemados. De lejos me parece ver al cuervo junto al lago, pero en vez de él hay un señor.

Está reclinado, mirándose en el agua. Tiene una especie de túnica o bata de baño de colores. Parece que salió de su casa acabado de bañar. ¡Qué raro!

Me acerco. El hombre se mece como si le doliera algo. Tiene las manos en el estómago; como yo cuando me duele la panza. Me paro frente a él y voltea.

—¿Le pasa algo? —le pregunto.

Él me mira con los ojos inmóviles. Siento que estoy congelado.

Se siente un frío intenso y una niebla comienza a rodearnos. Entre las nubes me parece ver que sonrío, pero su boca está cubierta de vapor. Se escucha un gemido.





El hombre se levanta e inclina su cabeza hacia mí. Tengo miedo de que se me acerque. Doy un paso atrás y miro a mi alrededor. No hay nadie. El silencio parece tan profundo que si grito nadie me escucharía. El hombre dice algo, pero no entiendo sus palabras.

Me voy corriendo a casa. Subo las escaleras aprisa y llego sin aire para hablar. Mi respiración se corta, no sé si del susto o de la carrera que pegué. ¡Estoy seguro de que el hombre raro es un fantasma! Quiero decírselo a mi mamá y abrazarla.

Abro la puerta. Papá está sentado en la sala.

No puedo decirle nada a mamá porque papá me cierra el paso. Me saluda con un gesto parecido al de la gente que se viste de los personajes de caricaturas en las fiestas. Tiene una sonrisa exagerada. “Hoy también mi papá me parece extraño”. Me agita entre sus brazos, me desacomoda el pelo y pregunta: “¿Cómo estás?”.



Antes de contarle lo asustado que estaba por el fantasma, me dice que vaya a mi cuarto porque debe hablar con mamá. “¿Otra vez?”, me quejo en mi mente. “¡No sé para qué nos cambiamos de casa si todo va a ser igual que antes! Bueno, a lo mejor van a arreglar las cosas. Volveré a mi antigua casa, con mis amigos, y nunca más volveré a ver a ese fantasma”, pienso mientras voy a mi cuarto.



Entro y cierro la puerta. Del otro lado los oigo murmurar. No entiendo de qué hablan. Comienzan a gritar. De cualquier manera yo sigo sin entender.

Tal vez estuvo bien no decir nada del fantasma, si no mi padre terminaría por proponer: “Lo mejor será que vengas a vivir conmigo”, y mi mamá se pondría a llorar. Quiero estar con él, pero no quiero dejar a mamá. En realidad no es una mala mamá. Es bastante buena y la quiero mucho.

Ya no tengo ganas de escucharlos. Prefiero mirar por la ventana el jardín para ver si por ahí está el fantasma.

¡Pum!, oigo un portazo. Creo que ya no iré con papá a ningún lado.



## Día 6

Esta mañana no quiero ir al jardín. Me da miedo andar por ahí, yo solo. Si estuviera papá, él podría acompañarme.

Ya está el desayuno. Me siento a comer. No tengo ganas de hablar y mamá me pregunta:

—¿Por qué estás tan callado?

—Por nada —respondo quedito.

Mamá me mira como si quisiera decirme algo y no se atreviera. Al fin me explica:

—Oye..., sé que has de estar desilusionado porque tu papá ya no te llevó a pasear ayer, pero... es que tenía otras cosas que hacer. Cosas que resolver... Pero vendrá otro día. No te preocupes.

Le grito a mamá:

—¡Ayer vi un fantasma en el jardín!

Mi mamá me mira sorprendida. Le cuento todo. Ella no menciona nada. Parece que no me cree. “¿Por qué nunca me cree?”, me pregunto. Bueno, tampoco me regaña. Cuando termino, lo único que dice es:

—Vete a jugar.

Escucho que llama por teléfono. Parece hablar con mi tía. Está llorando. ¿Se habrá espantado?

Tal vez no debí haberle contado del fantasma. Ha de estar angustiada. De seguro tiene miedo de que me pase algo y, ahora que nos acaba-



mos de mudar, siente que debe buscar otra casa para que todo sea “nuevo y mejor”.

No quiero ir a otra casa. Ya no. A menos de que regresemos a la casa antigua. Eso sí sería muy bueno.

Sigue llorando. Lamento haberla preocupado. Ella estaba tan contenta de haber hallado un lugar frente a un jardín para que yo jugara.

Escucho que termina de hablar, así que le digo:

—Oye, mamá, no te preocupes. El fantasma no importa. No me da miedo. Podemos quedarnos aquí.

Mamá no me responde. Es como si del susto se le hubieran volado todas las palabras.

Me voy a ver tele. Veo un programa, otro, y ya estoy aburrido cuando se escucha el timbre.

Abro la puerta. ¡Es mi tía! Trae panes. Me como mi favorito: la dona de chocolate. Cuando acabo, ella me pregunta, así, de improviso:

—A ver, ¿cómo está eso de que viste un fantasma?

Ya no quiero hablar de eso, así que se lo cuento todo sin ganas. Tal vez por eso ella tampoco parece creerme, aunque disimula. Al final me dice:

—Sabes, muchos niños creen ver... Bueno, ven fantasmas, amigos imaginarios, monstruos... pero muchas veces se equivocan. Tal vez tú sí viste a ese señor.

—¡Sí lo vi!



—Sí, lo viste, pero igual y no era un fantasma. Igual solo era un señor. En todo caso estuvo bien que te fueras porque no es bueno hablar con extraños.

—¿Pero cómo le iba a hablar si ni entendía qué estaba diciendo?!

—Por eso, no está bien hablar con extraños. Solo recuerda eso, ¿sí?

Mi tía se levanta para ir con mamá.

Tal vez tiene razón. Que el señor se comportara raro no significa que sea un fantasma... porque... ¿qué podría distinguir a un fantasma de un ser humano?





## Día 7

Me asomo a la ventana para ver el jardín. Estoy aburrido de estar en casa. Tan aburrido, que tal vez no me importe ver a ese extraño señor. Como dijo mi tía, no debo hablarle y ya.

Sí, voy a jugar. Además puede ser que nunca más lo vea. También debo demostrarle a mi mamá que no tengo miedo, así no se preocupará por mí.

Voy con ella y le pido permiso para ir al jardín. Mamá me mira desconcertada y pregunta:

—¿Ya no tienes miedo del fantasma?

—No.



—¿No era un fantasma, verdad? Bueno, solo acuérdate de no hablar con extraños. Cualquiera cosa, estoy al pendiente.

Las palabras de mamá me hacen sentir más tranquilo. Creo que después de todo sí es la mejor mamá del mundo, o al menos es una buena mamá.

Esta vez llevo mi pelota. Cruzo la calle y empiezo a tener miedo de encontrarme otra vez con ese señor. Miro hacia todas partes. Parece no haber nadie.

Ya estoy en el jardín, dándole puntapiés a la pelota cuando escucho volar al cuervo. Veo hacia las copas de los árboles para tratar de encontrarlo y, cuando bajo la mirada, descubro otra vez al extraño hombre. Por fortuna está lejos y de espaldas.

Decido espiarlo para saber si es o no un fantasma. El hombre se aleja y de pronto... ¡desaparece dentro del tronco de un árbol!

“¡Es un fantasma!”. Me late el corazón y corro hacia la casa. Entro, pero no le digo nada a mamá. Se preocuparía, se pondría extraña y quién sabe a qué casa nos iríamos esta vez.

—¿Cómo te fue? —me pregunta—. Volviste muy pronto.

—Bien —respondo y entro veloz a mi cuarto.

“¡No puede ser! ¡El jardín, lo único que parecía bueno de vivir aquí, tiene un fantasma! Quisiera regresar a mi antigua casa”, no dejo de pensar.

Estoy asustado, enojado y decepcionado. Tanto como cuando mamá dijo que nos iríamos a vivir a otra parte, sin mi papá. Esa vez no pude

hacer nada. No pude convencer a mamá. Pero ahora no me quedaré con los brazos cruzados... ¡Este fantasma no me va a quitar mi jardín!

Para combatirlo, busco información sobre fantasmas. Pero todo lo que encuentro dice que los fantasmas no existen, que son una “fantasía”, “imaginación”, o de perdida, “una persona disfrazada”. ¡Nadie cree en los fantasmas, pero yo vi uno!

Ni modo, no me queda más remedio que preguntar. Voy con mamá para ver qué sabe ella de fantasmas; pero cuando le pregunto, me contesta gritando:

—¿Otra vez estás con eso de los fantasmas?!

Se escucha muy enojada. Creo que sí la decepcioné cuando le dije que vi uno. Creo que está tan enojada como cuando le dije que no me quería mudar.

—No, bueno, solo quiero saber por qué hay fantasmas  
—le digo con miedo.  
—¡Los fantasmas no existen!  
—me grita—. ¡No entiendo lo que te pasa! ¿Por qué inventas estas historias? Aunque digas que hayas visto un fantasma vamos a seguir viviendo aquí. Ya no podemos volver a la otra casa.





No entiendo por qué está tan enojada. Se va, levanta el teléfono y la oigo hablar de nuevo con mi tía.

Tampoco sé por qué siempre piensa que soy un mentiroso. Otra vez creo que es una mala mamá.

## Día 8

Mi tía toca la puerta. Estoy emocionado porque esta vez vino con su novio Carlos. Carlos me cae muy bien; siempre quiere jugar fútbol conmigo.

Estoy a punto de pedirle a Carlos que salgamos a jugar, cuando mi tía me dice:

—A ver, cuéntame, ¿viste de nuevo al fantasma?

Me quedo callado. Ya estoy harto de que no me crean y piensen que estoy loco.

—Ándale, dime —insiste mi tía—. No te vamos a regañar.

Volteo hacia la derecha y mi mamá está recargada junto a la puerta de la cocina, mirándome. Así que digo:

—Yo solo quería saber más sobre los fantasmas...

Carlos dice de pronto:

—¿Y cómo era el fantasma que viste el otro día?

Carlos siempre hace trucos de magia, así que él, sin duda, sí quiere saber del fantasma. A Carlos sí quiero contarle, lo malo es que ahí está mi tía, esperando que diga cualquier cosa.

Mi tía se nos queda mirando y parece darse cuenta de que me molesta que esté aquí, escuchándonos, así que dice:

—Está bien, ya luego me contarás por qué tienes tanto interés en los fantasmas. Mientras, tu mamá y yo nos vamos a tomar café.

Cuando desaparecen mi tía y mi mamá, Carlos me insiste:

—Ándale, cuéntame de tu fantasma. Es más, ¿te digo qué? Tú descríbelo y yo lo dibujo como hacen los policías para buscar a los ladrones. Así puedo saber cómo es. ¿Qué te parece? ¡Vamos a hacer un retrato hablado!

Me parece una idea grandiosa, así que empiezo a describir al extraño señor. Antes le aclaro a Carlos que, muy bien, muy bien, no lo vi, pero lo que sí me llamó la atención fue la especie de bata de baño que vestía.

—¡A lo mejor se acababa de bañar! —bromeó Carlos.

—¡Sí, eso pensé primero!, pero no era una bata de baño. Era como... más elegante y con dibujos.

—¿Cómo una yakata?

—¿Una qué?

—Sí, bueno, un kimono. De esos que usan los japoneses.

—No sé cómo es un kimono —le aclaro a Carlos. Entonces él abre su computadora y busca una imagen en Internet. De pronto, me muestra una vestimenta muy parecida a la del fantasma.

—Sí, sí, usaba un kimono —grito emocionado.

—Yakata —dice Carlos—. ¿Pero cómo puede ser que usara una yakata? Debió ser una bata de baño porque los fantasmas japoneses están en Japón, ¡no en México!

—Pues yo creo que sí era japonés, porque cuando me habló no entendí nada.

—¿Te habló? ¿Y qué te dijo?

—¿No te digo que no entendí nada?

—Bueno, quiero decir, ¿qué parecía decirte?

—No sé, pero cuando me hablaba se inclinó.

—Ah, ¡entonces te estaba saludando! Los japoneses así saludan. Bueno, pero tú ya debes saber eso, porque pareces estar enterado de muchas cosas de Japón.

—¿Qué?! Yo no sé nada de Japón... Ah, bueno sí. Sé que en Japón los cuervos son un símbolo de victoria. A propósito, también hay un cuervo en el jardín.

—¿En qué jardín?

—Pues en el jardín de enfrente, donde está el fantasma.

—¿El jardín japonés? —pregunta Carlos.

—¡No es japonés! ¡Es mexicano!

—Bueno, es un jardín inspirado en los de Japón. ¿Sabías eso? Seguro que sí. Yo creo que justo en el jardín te has enterado de todas estas cosas de Japón.

—Pero si te digo que yo no sé nada.

Entonces Carlos me mira como si mintiera y comenta:

—Bueno, regresando al fantasma... Si no entiendes lo que dice va a ser un verdadero problema, porque algo te quiere decir y tú no sabes qué es.

Yo digo que sí, porque creo que tiene razón.

—¿Sabías que los fantasmas son espíritus que no han podido irse de la Tierra porque tienen algo pendiente? —sigue explicando Carlos—. Cuando se resuelva, podrán descansar en paz. Como pasó con *El fantasma de Canterville*, ¿conoces esa historia? —me pregunta.

—No.

Carlos comienza a contarla. Estoy fascinado de escuchar y ahora pienso que los fantasmas no son tan malos; solo quieren que alguien los entienda y les ponga atención, por eso están enojados.

Cuando Carlos termina, me dice:

—Tal vez tú, como el fantasma, quieras decir algo y no puedes. ¿Hay algo que te molesta y no lo puedes decir?

Cuando pregunta eso yo pienso en mi mamá, en mi papá y en la nueva casa. Carlos sigue diciendo:

—Pero debes hacerlo porque si no, tendrás la misma angustia que el fantasma...

—¡Pero yo no quiero decir nada! —le digo—. ¡El fantasma, sí! —Carlos no hace ningún gesto.

Sé que debo ayudar al fantasma del jardín, pero por ahora lo que me interesa es que Carlos y yo juguemos “Serpientes y escaleras”.

## Día 9

Anoche no pude dormir. Todo el tiempo me quedé pensando qué quería decirme el fantasma. Si es japonés, tal vez sea necesario que aprenda su idioma para saber qué es lo que quiere.

—¿Dónde puedo aprender japonés, mamá? —le digo mientras desayunamos.

Ella me mira sorprendida. Parece que ya escogió poner esa cara cada vez que le digo algo. Después de dos segundos menciona:

—Últimamente estás muy interesado en Japón, ¿no? ¿Es porque el jardín es japonés?

—¿Tú cómo sabes que es japonés?

—Porque lo dice la placa. Tú también la viste, ¿no? El jardín de enfrente está hecho al estilo de Japón, por eso tiene sembrados cerezos.

—¿Cerezos?

—Sí, esos árboles rojos que tanto te gustaron.

—¿Y quién lo sembró?

—Ay, no sé. Creo que dice en la placa. Pero por eso quieres estudiar japonés, ¿no? Pero el japonés es un idioma muy difícil. Tendrías que pasar años aprendiéndolo.

—¿Años?

—Pues claro. ¿En cuánto tiempo crees que se aprende?

Oír eso me decepciona. De seguro el fantasma ya pasó mucho tiempo de espera para que todavía yo me tarde aprendiendo su idioma. Tengo que encontrar otra manera de comunicarme con él.

Mientras tanto, cambio de tema y digo tonterías para que mi mamá no empiece a angustiarse por mi fantasma. Funciona. Ella se ve tranquila.

Termino de desayunar rápido para poder ir al jardín. ¡Ya no aguanto las ganas de ver al fantasma y averiguar qué quiere!

Mi mamá me deja ir. Hasta parece feliz de que quiera volver al jardín japonés.

En cuanto llego, comienzo a buscar la dichosa placa, porque la verdad es que yo nunca la he visto.

Después de andar de un lado para otro, sin ver ni al cuervo ni al fantasma, descubro la placa en una de las orillas del parque, del otro lado del jardín por el que yo suelo entrar.

La placa es dorada, aunque ya se ve un poco café por el tiempo. Leo lo siguiente:

El municipio de Jiquiloapan agradece al señor  
**Fukiro Morita**  
haber fundado este hermoso jardín japonés,  
en memoria de su hija, Harumi Morita, quien  
contribuyó a la educación de los jiquiloapenses  
y falleció aquí, en 1942.

—¿El señor Fukiro Morita será el fantasma japonés? —me pregunto.

—*Uiiiiic* —se escucha de nuevo el cuervo. Lo veo posarse sobre la placa.

Apareció de pronto, quién sabe de dónde. El pajarraco se queda mirándome. Se mueve sobre la placa de un lado a otro y grazna: *Uiiiiic, uiiiiic*.

Este cuervo parece saber algo, pero no sé qué hacer. De pronto el ave se echa a volar rumbo al estanque. Lo único que se me ocurre es seguirlo. Mi pecho no deja de latir. “¿Y si de verdad es un ave de mal agüero?”.



Corro detrás del pájaro, pero de repente alguien se para frente a mí. Me detengo como puedo. Del susto me caigo y veo unos pies que están dentro de unas chanclas. Usan unos calcetines que dividen sus dedos en dos mitades. Volteo lentamente hacia arriba. Siento escalofríos y veo de nuevo, de cerca, frente a frente, al extraño señor.

No puedo hablar. Él, en cambio, empieza a decir toda suerte de cosas extrañas sin dejar de inclinar la cabeza. Parece amable, así que me levanto y le pregunto:

—¿Fukiro Morita? —y lo señalo.

—Ah... Morita. *Hai*. Fukirooo Mo-ri-ta —él se toca el pecho.

—Fukirooo Mo-ri-ta —repito tratando de imitar los sonidos.

—*Hai* —dice inclinando la cabeza.

Empieza a hablar de nuevo, pero no entiendo nada. Yo le pido:

—Dígame qué quiere, señor Mo-ri-ta. ¿Por qué no descansa en paz?

Él se me queda viendo sin comprender. Creo que no llegaremos a nada. La piel se me está helando porque el señor Morita despide un aire muy frío.

No puedo más, la boca me tiembla. Así que le hago señas de que luego volveré. Me inclino como él lo hacía, sonriéndole, y me voy.

Llego a casa frotándome los brazos y mamá me pregunta si tengo frío. Le digo que sí y ella voltea extrañada hacia la ventana. Luego me dice sorprendida:

—¡Pero si hay mucho sol!

—Sí, pero me dio frío —le contesto.

Corre hacia mí y me toca la frente.

—¿No tendrás temperatura?

Me frota los brazos para calentarme y me dice que lo mejor es que me meta a la cama, bajo las cobijas, y no salga más. Esta vez estoy de acuerdo porque así aprovecharé para pensar en algún modo de hablar con el señor Morita.

Mamá está siendo cariñosa conmigo. Por fin se ve como antes, sin cara de enojada ni con ese aire extraño. ¡Creo que me conviene enfermarme! Me presta mucha atención y me lleva la comida a la cama. Eso me recuerda que sí es la mejor mamá del mundo. Hasta estoy pensando en devolverle la tarjeta.

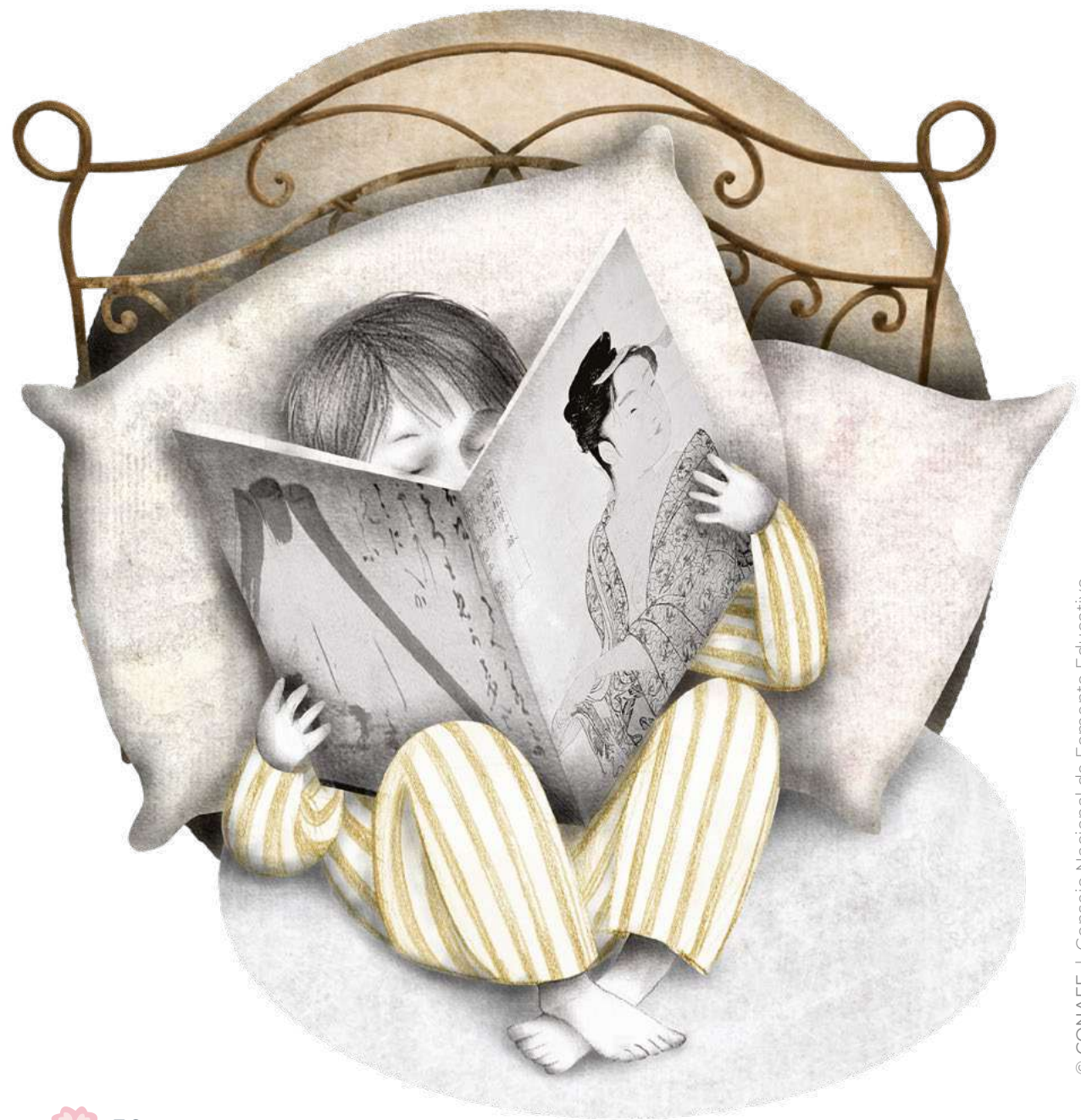
Veo libros para averiguar algo de Japón o del japonés. En una enciclopedia se explica: “En Japón se escribe con ideogramas”. ¿Ideogramas? Me pregunto qué es eso.

Busco la palabra *ideograma* en el diccionario. Si me viera la maestra se sorprendería de verme tan aplicadito. Debo reconocer que las clases para aprender a usar el diccionario sirvieron de algo. Sobre todo cuando los adultos se asustan con ciertas preguntas o no saben la respuesta. ¡Ya está! Encontré *ideograma*: “Es una imagen o símbolo que representa una idea”, explica el diccionario.

Vienen algunos ejemplos. Los ideogramas son como dibujos. Sin embargo, no los comprendo ni sé cómo hacerlos para escribirle un mensaje al señor Morita. ¿Cómo encuentro las palabras? De pronto... ¡zas, ya tengo una idea!







## Día 10

Hoy pienso llevar a cabo mi idea. Busco las tarjetas con las que aprendí a leer porque traen toda clase de dibujos para saber las palabras: perro, casa, bota, barco, jirafa, pelota, abuela...

También saco las de la lotería, porque sus tarjetas también tienen palabras que me pueden servir. Las junto y voy con ellas al jardín.

Busco de un lado a otro al cuervo o al señor Morita, pero ni rastro. Espero que no se hayan ido ahora que ya pensé en una solución.

De repente recuerdo que un día vi al señor Morita meterse en un árbol. “¡Puede ser que el árbol sea su casa! ¿Pero cuál es?” —me pregunto.

Voy de tronco en tronco poniendo mi boca para susurrar su nombre: “Fukirooo Morita”. Hasta que se aparece el cuervo en la copa de uno.

—¿Señor Morita? —pregunto.

El cuervo aterriza y me siento a su lado. “¿Señor Morita...?”, pregunto de nuevo, pero el cuervo se echa a volar.

Detrás del árbol veo salir un triángulo de ropa colorida que dio paso al señor Morita en persona. Se siente un viento helado. Por fortuna, a pesar del sol, mamá me obligó a llevar una chamarrota por temor de que me enfermara; así que esta vez no tengo tanto frío.

—Señor Morita, fijese —señalo mi ojo y luego extendiendo las tarjetas de palabras en el suelo. El señor Morita hace un gesto de extrañeza.





Para que comprenda, tomo la tarjeta que dice “niño” y me señalo. Así entenderá que soy yo y que con las palabras de los dibujos podemos formar ideas, como él hace con los ideogramas. Luego agarró la tarjeta de “mamá” y la de “casa” y señalo hacia el edificio de departamentos de enfrente, donde vivimos.

El señor Morita parece comprender que vivo enfrente con mi mamá. Mueve la cabeza y dice “*hai, hai*”.

Es el turno del señor Morita. Veamos si entendió y qué me dice.

El fantasma revuelve las tarjetas y busca la de la imagen de una “niña” y dice “Harumi”. Luego toma la de “papá” y la de “mamá” y las pone junto a Harumi. Recuerdo que la placa decía que Harumi era la hija del señor Morita.

Después, el señor Morita toma la tarjeta de “barco” y sobre ella pone la de la niña. Luego las junta con la mía, la que dice “niño” y mueve los brazos para indicar que Harumi vino a vivir aquí, a Jiquiloapan. Segundos después, el señor Morita saca una tarjeta que dice “alegría”.

Sonrío. Pasan unos segundos. El fantasma se queda inmóvil. El frío comienza a sentirse más profundamente. A pesar de la chamarra me castañetea los dientes. Miro al señor Morita y tiene un gesto triste, amargo. He visto esa cara en mi papá y en mi mamá.

En eso, el señor Morita revuelve las tarjetas de manera estrepitosa, hasta que encuentra una de lotería que dice: “La muerte” y tiene dibujada una calaca. La pone sobre Harumi. El señor Morita empieza llorar. No sé cómo lloran los fantasmas porque no veo lágrimas en su rostro. Pero sé que llora. En este momento el jardín me parece invadido por una nube gris.

El señor Morita hace sonidos tristes y vuelve a tomar la tarjeta de “papá” para ponerla junto a la de la niña. Puso la del papá, y sobre ella, otra vez la de la muerte. Creo que entiendo:

La hija del señor Morita murió aquí. Así que él vino a fundar este jardín para recordarla. Sin embargo, ya no pudo volver a Japón porque también murió.

Oigo los lamentos del señor Morita. Estoy triste por él. Supongo que extraña mucho a su hija. “¿Papá me extrañará también a mí, ahora que ya no vivimos juntos?”

El señor Morita toma la tarjeta de un barco y sobre ella pone la de “papá”. Luego la conduce hasta donde se quedó la de la “mamá”. Creo que eso significa que el señor Morita quiere regresar a Japón.

No puedo encontrar palabras en las tarjetas para decir nada al señor Morita. Estoy muy triste. Recojo mis tarjetas y me despido con una reverencia.

El señor Morita extraña su casa. “¿Pero cómo podría hacer yo para regresar al señor Morita a Japón?”. Ni siquiera yo puedo regresar a mi antigua casa para estar con papá. Sin embargo, prometí que esta vez no me quedaría con los brazos cruzados.

Llego a la casa y no dejo de pensar cómo puedo ayudar al fantasma. Busco un globo terráqueo para saber dónde está Japón y descubro que queda hasta el otro lado del planeta.

A ver, un momento, si giro el globo veo que... Japón y México comparten el océano Pacífico. Si estuviera ahí, podría poner al señor Morita en un barco. A fin de cuentas, es más fácil colarlo en algún barco que en un avión. ¿Pero cómo podría yo llegar hasta allá, si el mar me queda taaaaan lejos?

## Día 11

Sigo tan triste que hoy no tengo ganas de desayunar huevos con jamón ni ninguna otra cosa. Me esforcé por saber qué necesitaba el señor Morita y ahora no puedo hacer nada.

Le fallé al señor Morita. Ahora seguirá vagando en el jardín, tan triste por no poder regresar a su casa.

Como estoy callado, mamá me mira y me pregunta si me siento mal.

—¿Estás enfermo otra vez? —me dice.

—No, solo estoy triste.

—¿Por qué, Julián? ¿Qué tienes?

—Nada, no lo entenderías.

Creo que mi mamá está muy preocupada de verme así. La veo llamar otra vez por teléfono. Seguro quiere hablar con un doctor porque piensa que estoy enfermo, pero... No, creo que está hablando con papá. Esta vez no está gritando, pero sé que habla con él. Lo compruebo cuando me dice:

—Ven, Julián, tu papá quiere hablar contigo por teléfono.

Es extraño, creo que nunca antes hablé por teléfono con él.

—Hola —le digo.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —miento, pero creo que es lo que se hace cuando se saluda a las personas.

—¿Sí?... ¿Seguro? Me contó tu mamá que estás un poco triste.

—Sí, pero es porque un amigo quiere volver a su casa y no puede.

—¿Un amigo? ¿Quién?

—No lo conoces, papá.

—Mmmmmh, bueno. ¿Pues qué te parece si para olvidar tu tristeza nos vamos de viaje?

—¿De viaje? ¿Adónde?

—Adonde tú quieras, Julián. Podríamos ir de campamento a un bosque o a la playa.

—¿A la playa? —de inmediato pienso en el mar y grito emocionado— ¡Sí! ¡A una que esté en el océano Pacífico!

—¿En el océano Pacífico?! —pregunta papá— ¿Y eso por qué?

—No lo sé, solo quiero ir al océano Pacífico —le contesto.

—Ja, ja, ja. Supongo que aprendiste eso en la escuela, ¿verdad? Mmmmmh. Bien, ¿qué te parecería ir a Acapulco? O... ¡Ya sé! A Baja California, para ver a las ballenas.

—¿Las ballenas se ven desde la playa? —pregunto.

—No creo. Me parece que necesitamos ir en barco hasta donde se encuentran.

“¡Genial!”, pienso. Así podré colar al señor Morita en una embarcación.

—¡Sí, sí! —digo alegre—. ¡Vamos a ver a las ballenas!

—Muy bien, creo que ya hasta se te quitó la tristeza. Voy a arreglarlo todo para que nos vayamos y verás que nos divertiremos juntos. ¿Me pasas a tu mamá?

Le doy el teléfono a mi mamá y voy contento a mi cuarto. ¡No lo puedo creer! ¡Todo está saliendo genial! ¡El señor Morita podrá regresar a Japón para estar con su esposa, para ver de nuevo su casa! Va a estar muy feliz, así que voy a buscar las tarjetas para ir al jardín a decírselo.

—¿Adónde vas? —dice mamá cuando estoy a punto de cruzar la puerta.

—Al jardín, mamá. ¿Me dejas?

—Veo que estás muy contento. Te emociona el viaje con tu papá, ¿verdad?

—Sí, me emociona mucho.

—Está bien, ve a jugar al jardín —dice con una sonrisa.

En el jardín, trato de explicarle, lo mejor que puedo, la feliz noticia al señor Morita. Pongo la tarjeta de un barco, la de “papá”, la de “niño” y lo señalo a él.

Cuando por fin logro que comprenda, saca una tarjeta de un gigante y se señala a sí mismo. Mmmmmh, “¿está diciendo que él está muy grande?... Porque un gigante no es”.

Ah..., es verdad. ¿Cómo voy a hacer para llevar al señor Morita conmigo? No creo que papá esté de acuerdo en llevar un fantasma. Además la gente podría asustarse.

“¿Y si se convierte en cuervo?”, le pregunto sacando una tarjeta de “pájaro” y señalándolo. Entonces el señor Morita toma una vara y escribe unos ideogramas en el suelo. Luego los señala y dice:

—Fukirooo Mo-ri-ta.





Supongo que los ideogramas dicen su nombre, pero no sé de qué me sirve saber eso ahora. Luego, el señor Morita señala los nombres en las tarjetas y hace un gesto con la mano. No estoy muy seguro de lo que quiere decirme, lo único que se me ocurre es que quiere que haga una tarjeta con su nombre. Por las dudas, voy a la casa por papel y pluma.

Regreso al lugar donde había dejado al señor Morita. Él me espera paciente. Tiene una gran sonrisa. Mientras voy hacia él, desaparece. Dejo de verlo por momentos, pero luego vuelve a aparecer.



Copio el ideograma en el papel lo mejor que puedo. Casi casi lo calco. Para mi sorpresa, cuando termino, el señor Morita se convierte en una especie de aire colorido que se mete dentro del ideograma.



No sé qué hacer. El señor Morita ya no aparece. Me fijo en el lugar donde estaba sentado y veo dos tarjetas sueltas. Una dice “botella” y la otra “mar”.

## Día 12

El señor Morita se metió en el dibujo y no volvió a salir. Las tarjetas que estaban en su lugar me hacen pensar que quiere que ponga su nombre dentro de una botella y la arroje al mar. Es una buena idea para llegar a Japón sin tener que colarlo a escondidas en un barco.

Busco una de las botellas de vino que dejó mi mamá en esos días en que estaba más callada. La lavo, espero que se seque y meto el ideograma que contiene al señor Morita. Le incluyo una nota en la que escribo:



A black and white illustration of a snowy forest. Several trees with dark trunks and branches are scattered across the scene. The branches are covered in small, white, five-petaled flowers, likely cherry blossoms. The ground is a soft, textured white, suggesting snow. The overall mood is peaceful and serene.

Querido señor Fukino Morita:

Espero que llegue sin problema a Japón. Me gustó conocerlo.

Ojalá sea feliz y ya no esté triste por estar lejos de casa.

Siempre será mi amigo, aunque viva del otro lado del mundo.

¡Suerte!



Tapo muy bien la botella. Uso papel, diurex y un pedazo de bolsa. No quiero que le entre agua.

## Día 13

Son las 13 horas del día 13, qué extraño, ¿no? Mi papá llega con su maleta. “¡Estoy listo!”, le digo. Mamá se despide de mí con un abrazo y le entrega a papá mi mochila con ropa. Ellos apenas se hablan. Papá le explica el día que llegaremos y la hora. Mamá contesta que “está bien”. Nos vamos.

Papá maneja. A veces parece que quiere decir algo y no puede. Me recuerda al señor Morita. Yo simplemente le tomo la mano. Él sonríe. Me propone cantar. Enciende el estéreo. A papá siempre le ha gustado mucho la música. Canto con él. Me duermo. Despierto. Nos paramos a comer. Seguimos en camino. Recuerdo al señor Morita. Estoy contento.

Así pasa todo el día. Llegamos hasta la noche a Guerrero Negro, en Baja California Sur, así que papá dice que esperaremos hasta mañana para ir al mar.

—Ya reservé un *tour* para ir a ver a las ballenas —me explica—. Nos tenemos que levantar muy temprano.

Me duermo emocionado. Estoy cansado, pero ya no puedo esperar a subirme al barco para arrojar la botella y que el señor Morita regrese a Japón. Mi deseo es que la noche no dure tanto. Ojalá que el señor Morita no esté incómodo en esa botella.



## Día 14

Como lo acordamos, salimos temprano para ir al *tour*. Estoy tan ansioso que apenas puedo respirar y siento que algo revolotea en mi panza.

En menos de lo que pienso, ya estamos encima de un barco que va hacia el mar. Abrazo mi mochila porque dentro va el señor Morita en la botella. Papá me observa y dice:

—A ver, dame tu mochila para guardarla en el compartimento.

—¡No! Prefiero llevarla aquí.

—¿Por qué no, qué llevas ahí?

No puedo decirle la verdad. Ya sé que mucha gente no cree en fantasmas. A lo mejor hasta me echa a perder el plan, así que solo le digo:

—Es que quiero echar una botella con un mensaje en el mar.

—¿Y para qué quieres hacer eso? ¿Lo viste en una película?

—Es que leí que la gente arroja al mar mensajes dentro de botellas porque espera que alguien las recoja y lea lo que dicen.

—¿Y qué dice tu mensaje?

Me quedo pensando unos momentos y menciono:

—Que las personas se siguen queriendo a pesar de vivir lejos.

Papá me mira y agrega:

—Sí, como yo, que te quiero mucho aunque ya no vivamos en la misma casa.

—¿Por qué ya no quieres vivir con nosotros? —aprovecho para preguntarle.

—Sí quiero vivir contigo.

—Entonces, ¿no te gustaría que regresemos a la casa? —le dije pensando que tal vez él sufría como el señor Morita—, ¿no te gustaría estar otra vez con mamá?

Papá no dice nada. Luego de algunos momentos, me explica:

—Sabes que tu mamá y yo peleamos mucho. Ya no somos felices viviendo en la misma casa. Pero como tú dices, la gente se sigue queriendo aunque viva lejos y yo a ti te quiero mucho.

—¿Y me extrañas? Yo extraño a Lucas.

—Y Lucas te extraña a ti y yo te extraño a ti, pero yo sé que al final puedo ir a buscarte para que vayamos a algún lugar y nos la pasemos bien, como ahora —dice papá.

—¿La próxima vez que vayas a la casa de mamá llevarás a Lucas? —le pregunto.

—¡Claro! Es una buena idea. Pero por ahora hay que pensar cómo haremos para arrojar esa botella al mar. No creo que al capitán le guste la idea. Va a pensar que estamos contaminando las aguas.

—¿Pero me ayudarás a hacerlo? Es muy importante.

—Julián, tal vez no es necesario que lo hagas. ¿Por qué no me das a mí el mensaje de la botella?

—¡No! Es muy importante que lo haga —casi lloro—. Tan importante como poder volver a casa.

Papá hace un gesto raro. Yo pongo la cara de mayor sufrimiento que me sé. En eso, él dice:

—Está bien, voy a ayudarte a aventarla sin que se den cuenta y nos regañen.



Las personas se siguen queriendo a pesar de vivir lejos.



El viaje parece muy largo y el barco no se detiene jamás. De pronto, vemos a lo lejos una enorme montaña saliendo del agua y todos gritan que es una ballena. ¡Es sorprendente! ¡Estoy asombrado! Pero me acuerdo que por ahora tengo una misión más importante.

Papá esta concentrado en la ballena, pero le jalo las bermudas. Él me mira y comprende.

Aprovechamos que todos están sacándole fotos a la ballena para ir del otro lado del barco.

—¿Estás listo? —pregunta papá.

—¡Sí! —le digo nervioso y emocionado.

Me gustaría abrir la botella para decirle adiós al señor Morita.

Me gustaría verlo una vez más, pero no hay tiempo.



Papá toma la botella y la arroja lo más lejos que puede. En silencio le deseo suerte al señor Morita. En el horizonte se ve un sol rojo y me parece ver volar un pájaro negro. Me pregunto si será el cuervo o tan solo uno de los pájaros que planean sobre el mar.

Ya no puedo contenerme y comienzo a llorar. Papá parece desconcertado.

—¿Qué te pasa, Julián? ¿No querías que arrojara la botella?

—Sí, solo estoy emocionado.

—¿Y por eso lloras?

—Es que ese mensaje es importante. Así un amigo puede volver a casa.

—Julián, ¿lo que pediste es un deseo?

—Sí, de cierto modo...

—¿Quieres que yo vuelva a casa?

—Sí, me gustaría que viviéramos juntos, otra vez —cuando le digo eso a papá, me acuerdo de las tarjetas de palabras y pienso que la de “casa” debería estar junto a la de “papá” y “mamá”. Eso sentí cuando le expliqué al señor Morita que mamá y yo, solos, vivíamos enfrente.

—¿Sabes? —sigo diciéndole a papá—. Conozco a alguien que sufría por estar separado de su hija y de su esposa. Si quería estar con su hija, estaba lejos de su esposa, y si estaba con su esposa, estaba lejos de su hija. Eso lo hacía sufrir.



Papá tiene los ojos rojos, dice que la sal del mar se los irrita. Después de unos momentos, se inclina hacia mí y me pregunta, casi en un susurro:

—¿Y tienes idea de por qué la mamá y la hija no vivían juntas?

—No. Tal vez la hija se fue porque tenía problemas o porque quería vivir en otro lado —respondo.

—Entonces, ¿era necesario que vivieran separadas? —pregunta de nuevo papá.

—Sí, supongo.

—Hay circunstancias, hijo, por las cuales las personas no pueden vivir juntas, pero estoy seguro de que ese señor hacía todo lo posible por estar al lado de ambas, porque las quería mucho. Tú mismo dijiste en tu mensaje que la gente se quiere aunque viva lejos. Julián, yo ya no puedo vivir con tu mamá. Lo lamento, y lamento que ahora en vez de estar con ambos estés con uno o con otro, pero yo espero que sepas que siempre quiero estar contigo y que te amo.

No le digo nada a papá. Miro hacia el horizonte. Ya no se ve el pájaro. Espero que sí haya sido el cuervo; después de todo, para los japoneses el cuervo es un símbolo de victoria.

## Día 15

El resto de las vacaciones han pasado tranquilas. Espero volver otro día para ver a las ballenas, pues no las vi por estar preocupado por el fantasma.

Descubro que papá es más alegre de lo que pensaba. Ahora paso más tiempo con él que cuando vivíamos juntos, pues siempre llegaba muy noche y se iba a dormir.

Me entero de que a los dos nos gusta la clase de ciencias y ahora somos más amigos.

## Día 16

Papá me enseña a aventarme clavados. En la comida me doy cuenta de que a él le gusta tanto la crema como a mí.

También me entero de que me puso Julián porque ese nombre le gusta.

—¿A ti te hubiera gustado llamarte Julián? —le pregunto.

—Sí, me habría encantado, pero Julián eres tú y a ti ese nombre te va muy bien.

## Día 17

Preparamos las maletas para volver. Papá se ve un poco preocupado.

—¿Qué tienes, papá? —le pregunto.

Él se ve nervioso, se ríe y se queda callado. Yo insisto:

—No te preocupes en decirme. ¿Sabes?, yo puedo comprender muchas cosas. Hasta puedo hablar con gente que habla otro idioma y entender lo que les causa dolor. ¡Soy bueno para eso! ¡Soy como alguien que ayuda a los fantasmas a descansar en paz!

—¿A descansar en paz? —dice papá extrañado.

—Sí, me dijo Carlos que los fantasmas no pueden descansar en paz porque tienen una pena o un problema sin resolver.



Papá se ríe y dice:

—Pues sí. Eso dicen de los fantasmas. Aunque no sé cómo puedes ayudarlos.

—Muy fácil, solo tienen que decirme lo que les pasa.

—¿Solo eso? —se asombra papá—. ¿Y funcionará igual para los vivos?

—Yo creo que sí, porque si te murieras ahora sería la pena que tendrías guardada.

—Mmmmmmmh —papá suspira—. Pues bien, estoy un poco triste porque se acabaron las vacaciones y ya no estaremos juntos.

—Pero, papá, el próximo fin de semana nos podemos ver. Además, recuerda que la gente, aunque esté lejos, se sigue queriendo.

—¡Tienes razón! ¡Hasta llevaré a Lucas!... Oye, sí que eres bueno resolviendo los problemas de fantasmas. ¿Pero no te dan miedo?

—¿Los fantasmas?

—Los fantasmas y sus problemas.

—¡No! Lo importante es resolver los problemas, así los fantasmas ya no sufrirán ni parecerán malos.

—Bueno, pero mientras hay que terminar de hacer las maletas.



## Día 18

Llegamos a mi casa. Lo primero que veo desde lejos es el jardín japonés. ¡Está lleno de flores y ahora hay mucha gente paseando por él!

Algunos papás llevan a sus bebés en carreolas y otros niños corren entre los árboles, que ahora tienen flores rosas.

—Oye, qué bonito jardín tienes enfrente de la casa —dice papá.

—Sí, es un jardín japonés.

Llegamos a la puerta y mamá abre. “¡Es la mejor mamá del mundo!”, pienso, y la abrazo. Ya tenía muchas ganas de verla. Ella me dice: “¿Ya viste los cerezos del jardín? Ya florecieron. Ahora se ven más alegres”. Sonrío. Papá se despide de mamá. Creo que esta vez está menos serio. También mi mamá se ve más contenta, como una flor de cerezo.

—Nos vemos —se despide papá. Yo lo abrazo.

Mamá y yo nos quedamos solos. Entonces le cuento cómo me fue y a ella parece gustarle mi historia. Eso sí, no quise explicarle lo del fantasma porque podrían regresar sus miedos. Después de un rato me dice que vayamos al jardín para ver los cerezos. ¡Es la primera vez que quiere ir conmigo desde que nos mudamos!



Cruzamos la calle y creo que ahora sí todo será nuevo y mejor. También para el señor Morita que al fin encontrará la paz del otro lado del mar. En el jardín ya no grazna ningún cuervo. Sin embargo, mamá se acuerda de él y me pregunta:

—¿Y dónde está el cuervo que habías visto?

—Ya se fue, mamá —le respondo—, solo estaba de paseo. Porque, como tú dijiste, aquí en Jiquiloapan no hay cuervos ni fantasmas.

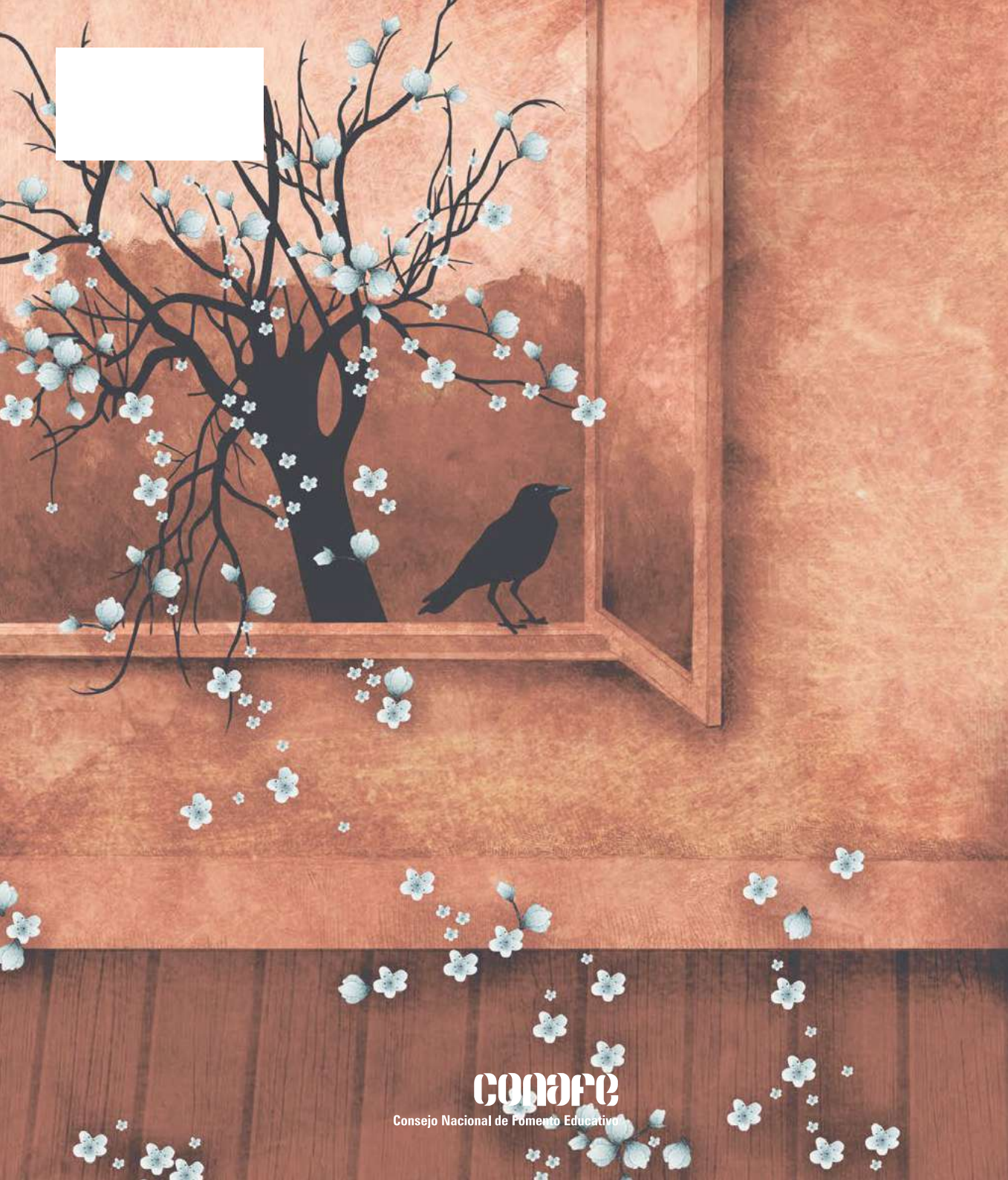






Esta obra se terminó de imprimir en noviembre de 2022,  
con un tiraje de 3 000 ejemplares,  
en los talleres de SEPRIM-HEUA730908AM1,  
Siembra #1 int. S-5, col. San Simón Culhuacán, alc. Iztapalapa,  
C.P. 09800, Ciudad de México.





**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo